

# MUTIS

Antonio Alonso Jiménez



Dibujo de Jaime Goded

Salió de su casa pensando en el litro de aceite, las tortillas y el kilo de verdura; al cruzar la calle se preguntó si Joyce, Kafka, Becket o Mao Tsé-Tung habían pensado detenidamente —como él—, en la línea divisoria; en el *hit parade*; en Margot la de los ojos claros. Al regreso medía sus pasos, fijándose en sus zapatones raspados y deformes por el uso, el descuido.

(—Y tantas pinches cosas que mejor /)

Su casa, donde esperaban el delantal anaranjado, la blusa y falda blancas que vestían a su madre; lo demás azul, formando lo que con el tiempo se acostumbró a llamar hermana; permanecían estáticas, presenciando el paso de los autos, la gente, el tiempo y *lo demás*.

La fachada amarilla (como la yema de un huevo que se pudre), tenía ojos y boca (ventanas redondas, cuadradas y ovaladas), la puerta (ancha hasta parecer un *Tláloc* acostado), dormía apoyada por los muros encalichados y llenos de pintura vinílica. Rehuyendo tales pensamientos, se alejaba también de lo que ellos representaban (apartándose en forma infinita, de lo que físicamente amaba y repudiaba).

Caminó perdiéndose y encontrando a cada instante rostros conocidos.

—Qu'iubo.

—Qu'iubo.

—Qué tal se te ha ido.

—Qué tal se te ha ido.

Y una vez llegó a la casa con cara de huevo podrido, donde estaba la estatua de un *Tláloc* acostado, una mujer con delantal, y una niña vestida de azul. Ambas contestaron:

—No podemos bajar, nos estamos bañando.

Volvió a tocar el timbre porque su llave se le había perdido.

—¡Qué bien joroba! ¡No entiende que nos estamos bañando!

Se oía por el *interphone*.

Las verduras superpodridas extendían un olor insostenible, las tortillas, durísimas, dejaban escapar el ruido de ochocientos ratones al roerlas. Y el aceite, al fin había aplacado su cabello rebelde.

—No seas payasa. Ya *déjame* entrar. ¡Apesto por todos lados!

—Dice la señora que no tiene dinero.

—¿Y 'ora? ¿Es que se han vuelto locas?

—Clic.

Pasadas 48 semanas (o días, o meses, o segundos), volvió a cruzar la calle; a *pensar* en el programa mínimo y en el programa máximo; oyó a Petula cantando *Don't sleep in the subway*; y recordó a su esquelética y primera novia.

(—Snif.)

Cada cinco cuadras el panorama era el mismo, el mismito: la panadería, la tintorería, la tlapalería, la lechería, la verdulería, la papelería, la carnicería, la *equisría* y la etcetería. Las casas, el Tláloc acostado y el amarillento olor a yema post-podrida.

Los vecinos se repetían a intervalos de cinco cuadras.

—Hola Jerome.

—Hola Jerome.

El hambre cubría sus partes corporales y óseas, el cabello, las uñas y la ropa parasitaban haciéndolo inconfundible a cierta distancia.

—Ya chole, ¿no? ¿Qué piensan ustedes?

—No. No tenemos periódico para vender. Quítese ya de ahí. ¡Vamos a llamar a la policía!

Se retiraba hablando con los vecinos más cercanos.

—¿Qué piensa de todo esto? ¿No es para enloquecer?

—Váyase al carajo. No moleste.

—¡Jerome! ¡Jerome!

—¿Y a éste, tú?

—Ya ves que 'ora hay montón de gente rara.

—¡Quítese!

El olvido llegó a todas sus partes esenciales: al habla, a la vista, al tiempo que corría persiguiéndolos a todos.

(—¿a la chingada? — pensó)

Cuando se había ya convertido en un ser pestilente, odiable, y hacía sus necesidades en la calle, delante de la gente curiosa que reía mientras él pujaba. Todos lo conocían y lo reconocían. Nadie le hablaba.

(—yo tampoco los pelo).

De sucio y mudo pasaba a fantasma y ausente y de esto a cartel:

Alguien le dio una chamarra que decía *Voceadores de México*, en la que todo el mundo ponía recados, avisos y *¿Qué marca de aceite te encargaron? Quién es tu madre. ¿Quién es tu hermana? ¿Cuántos kilos de tortillas? ¿Qué clase de verduras? ¿por qué hoy no escupiste en el pasto de tu casa? ¿A qué hora sales de la escuela? ¿Por qué te has perdido?*

Más abajo, con crayolas y mala ortografía, recados familiares, sumas, timbiriches & *Escarnio. Burla de niños. Vergüenza de nuestras 5 cuadras. De las 5 que siguen. De las otras 5. De todas las demás hasta llegar al fin del mundo.*

Cuando todo se hubo acabado y sólo quedaban garras de su ropa, otra persona le dio una nueva chamarra que decía *Justicia Social*, a la cual le volvieron a poner mil carteles, leperadas y albures propios de la clase media.

Ese día (ahora ya canoso, sin dientes y arrugado), con las uñas y el pelo rozando la banquetta y el asfalto; increíblemente apestoso y despreciable hasta parecer un animal, pasó delante de una casa: el delantal anaranjado, la blusa y falda blancas que vestían a su madre se acercaron a él, tomándolo por la oreja, jaloneándolo, casi llevado a rastras ante las carcajadas del vecindario revuelto y confundido.

A los cinco minutos salió de su casa, jimoteando y con los ojos rojizos: Apenado de sus 18 años; su falta de memoria y sus zapatones raspados y deformes.

Iba pensando *exclusivamente* en un kilo de aceite, las tortillas y un litro de verdura.